

San Martín

El bocadillo de panceta se cayó al suelo del patio. Manolín, el hijo más pequeño de los guardeses, lo recogió manchado de tierra y, quitando el pan, se tragó las lonchas que lo llenaban. ¡Adentro, Ramón!, se dijo mientras los ciento cincuenta gramos de cerdo frito caían dentro de él.

¡Este Ramón sí que ha salido rico!, pensó el muchacho mientras masticaba, y luego recordó cómo hacía unos meses correteaba con el cerdito que aún era de color rosa. Y como lo azuzaba con el palo para que trotase por la era para volver al corral. ¡Qué bueno era Ramón! Nunca soltó ni un mal gruñido... ni tan siquiera un respingo. Todos los días jugaba con el animal al regresar de la escuela, igual que si fuera otro niño.

Una mañana, le dijeron que ya tenía edad de encargarse del cochino y, a partir de entonces, durante meses fue el responsable de echarle la comida que tenía que acarrear en espuelas negras desde la cocina de los amos. Así, Manolín vio crecer a Ramón, cubo a cubo de una basura que le iba haciendo perder su color.

- Tiran tanta comida, seguro, porque los amos no crían ningún cochino... ¡pues ellos se lo pierden!

Fue la semana pasada cuando el tío Julián lo agarró y atizándole con un palo se lo llevó al patio. Como todos los años, la familia al completo y algunos vecinos estaban allí, alrededor de la mesa grande, con ganas de fiesta y mucho apetito. Padre, madre, las dos hermanitas chicas, la tía Herminia, los abuelos y hasta el sacristán. Pronto, el cuchillo sangró y el suelo, las paredes encaladas y hasta la cara de la Herminia se salpicaron de sangre. Luego, partieron a Ramón en trozos y los colgaron del gancho. Esa misma tarde, la madre picó la carne con la máquina y la embutió en tripa fresca. Siempre había ocurrido igual, desde que Manolín recordaba. Matar al cerdo era una fiesta y todo el mundo comía y bebía para celebrarlo. Pero en aquella ocasión, la cabezota del bicho no dejaba de mirarlo desde el gancho.

Durante algún tiempo, cuando regresaba de la escuela, el chico no podía dejar de acercarse a la pocilga a ver cómo estaba Ramón... pero allí, en el lodo, no había nada, ni tan siquiera el rastro excavado de su corpachón.

- Anda, claro –se decía- ¡Qué tonto!... si ya pasó San Martín...

Los compañeros le están llamando ahora y él, sin hacer ni caso, sigue de pie firme en el patio, moviendo bien los carrillos para mezclar la carne de cerdo con su saliva. ¡Con lo rico que está Ramón iba a salir corriendo para jugar con esos! Habría podido tragarlo ya, a lo mejor atragantándose un poco, pero era preferible disfrutar solo, en silencio, del sabor a tostado, de la grasa derretida y llena de sal que tanto lo había costado criar.

Varios años después, otro día de San Martín, a Manolo se le volvió a caer un bocadillo al suelo. No era tan extraño que ocurriera, ya que el frío y la ventisca hacían que apenas se notasen las manos. Así que fue sacarlo del gabán y rodar al fondo de la trinchera. Ese bocadillo era lo único que les habían repartido como rancho desde hacía dos días y entre aquellas montañas, hablar de comida y de lo que les dolía el estómago hacía tiempo que era la conversación preferida de los reclutas. Así que Manolo se agachó para recogerlo y, retirando el pan sucio, comenzó a llenarse la boca con la carne frita de cerdo. Fue en ese momento cuando escuchó el grito de otro soldado que lo llamaba.

- Manolo, ¡Vamos ya!

- ¡Maldita sea!, tendré que darme prisa -pensó metiéndose de una vez todo el contenido del bocadillo en la boca-

Estaba tan rico y tenía tanta hambre que se le vino a la cabeza la jeta del gorrino aquel con el que jugaba de crío... pero ¿Cómo se llamaba ese bicho? No pudo pensárselo mucho, pues volvieron a gritar su nombre, una, dos veces, al cabo de la niebla.

- ¡Vamos chico! -le gritaban- date prisa que esos vienen ya...

Iba a meterse en un lío si no volvía pronto con los otros a la posición... así que empezó a masticar más deprisa con las manos grasientas metidas en los bolsillos.

- Pero, ¿cómo demonios se llamaba aquel cochino? -pensaba- ¿Cómo es posible que no me acuerde?

De repente, lo supo... ¡Ramón!, claro, ¡igual que el amo! Y con el recuerdo de aquel nombre le vino la misma alegría de cuando era niño y corría con él por el ejido, una felicidad que podría haber sido la de días como este, con toda la familia bebiendo y comiendo pan con tocino alrededor de una mesa con el cerdo chillando entre cuchillos alzados.

- ¡Pobre Ramón! -pensó Manolo- cuando una bala que vino de la niebla lo empujó en el pecho, dejando al rodar por la nieve sucia y roja el hueco de su cuerpo.